

NOTA PRELIMINAR

No se me despinta, por años que pasen, la mañana en que Francisco Bejarano nos llevó a José Mateos y a mí al despacho de Manuel de la Peña, que dios tenga en su gloria, director de *Diario de Jerez*, a decirle —no digo mandarle, pero quien conozca a Bejarano sabe cómo dice algunas cosas el poeta— que el periódico necesitaba un suplemento cultural y que aquellos dos muchachos eran los más indicados para coordinarlo. Llevábamos ya unos meses colocando artículos y reseñas en el periódico y más o menos habíamos hecho algún ruido, así que el director aceptó el consejo —como si le quedara otro remedio— y nos dijo que el lunes empezábamos, que sólo podríamos trabajar por la mañana, porque en la redacción por las tardes no íbamos a caber, que nos podía pagar tanto, y que debíamos entregar las ocho páginas del suplemento el jueves a la hora de comer para que pudiera salir encartado en el periódico el sábado. Fue en noviembre o diciembre del año 88, es decir, hace ya casi cuarenta años que viene uno dedicándose, más o menos, al deporte del periodismo cultural.

De las diferentes secciones del periodismo, la de cultura es la hermana pobre como demuestra el hecho

de que cuando hay que recortar plantilla por crisis económica los primeros que caen son o los componentes o los colaboradores de esa sección. Y sin embargo es la única que cuenta con una distinción como el Premio Nacional de Periodismo Cultural, que no se sabe por qué no se multiplica en las demás secciones —no hay que yo sepa un Premio Nacional de Periodismo Político o de Periodismo Deportivo—. Según lo veo —según lo he visto siempre— el periodismo cultural tiene la ventaja sobre las demás secciones de que en él pueden tratarse todos y cada uno de los temas y asuntos que se tratan en las demás secciones. Sería raro que en la sección de economía se hablase de un libro de poemas —sólo tendría sentido si hubiera sido financiado con una lluvia de millones corruptos o si hubiera producido tal cantidad de superávit en la balanza económica que se justificara la inclusión en esas páginas del producto, que ya habría dejado de ser un libro de poemas—, pero no es nada raro que en las páginas de cultura se le pueda prestar atención a un economista, dado que el periodismo cultural se ocupa de hechos, eventos, figuras y productos culturales, y publican libros y discos y documentales, economistas, cocineros, astronautas, vagabundos patrocinados, deportistas que se retiran, políticos en activo, etcétera. Eso permite que cuando uno ejerce de periodista cultural pueda igual atormentarse durante semanas para preparar una entrevista con la astrofísica y cosmóloga Janna Levin porque le han encargado un perfil para dar cuenta de su libro sobre los agujeros negros —obra maestra de la poesía, por cierto—, que hipnotizarse

durante días con viejas faenas de toreros para arrimarse a esa bestia que es *Tardes de soledad*, la película de Albert Serra. Al pertenecer a lo que, en periodismo, conocemos como «cultura» los productos que encauzan esos mundos tan distintos de la cosmología y la tauromaquia, se permite que en una misma sección puedan coincidir sin la menor estridencia un torero —imaginemos que se entrevista no al director de la película, sino a su protagonista— y una astrofísica. Supongo que por eso no es extraño que en estos casi cuarenta años de ejercicio me haya tocado arrimarme no sólo a escritores, filósofos, fotógrafos, artistas, sino también a políticos, astrónomos, cocineros, etcétera, sin salir del ejercicio del periodismo cultural.

Todo periodista con conciencia de serlo sabe perfectamente que si alcanza a producir una obra, esta no va a tener más remedio que ser una antología. Desde ya hace muchos años, voy recopilando en volúmenes algunas piezas publicadas en diarios y revistas, y a esa cabalgata de volúmenes se añade ahora este *Simios apóstoles* en el que reúno un cuaderno de apuntes donde fui soltando reflexiones y ocurrencias muy al tuntún de los días, otro sobre fotogenia, otro más sobre la ciudad, una intervención cuyo único valor es que fue leída ante ministros y rectores que no le hicieron el menor caso, y algunos apuntes de lectura.

JB

Diciembre, 2024
Aljarafe — Sevilla

SIMIOS APÓSTOLES

La opinión es como el culo, decía Harry el Sucio: todo el mundo tiene el suyo. Gran verdad pero... Hay culos que no te dicen absolutamente nada y otros que te obligan a darte la vuelta y seguirlos un buen rato calle abajo con la mirada encendida y admirado de su exquisita composición, esos dos paréntesis tumbados y separados por un paréntesis erguido. Así que sí, todo el mundo tiene el suyo, pero no todos, por fortuna para el negocio de la opinión, son iguales.

Dios es uno y estrés.

Después de un mes escribiendo, al repasar lo escrito borré 70 de las 120 páginas que llevaba. Qué sensación pletórica de haber avanzado mucho.

Un ciudadano, un voto, vale, de acuerdo, pero ¿por qué, dada la complejidad del primer elemento no hacer complejo también el segundo para que la representación —pauta esencial de la democracia— sea más firme y

adecuada? Dado lo avanzado de la tecnología computacional no sería complicado el conteo si ese es el argumento que va a esgrimirse contra la idea de que cada ciudadano pudiera repartir su voto como le conviniese. Me dirán, está inventado, se llama listas abiertas. Sí, claro, pero en los lugares donde los partidos se niegan al riesgo de abrir las listas para que el ciudadano elija nombre por nombre a sus representantes, sin que le importen las siglas del partido por el que se presenta, ¿no sería conveniente que se nos permitiese repartir nuestra simpatía? Así, uno podría darles el 60 por ciento de su voto a los liberales, el 30 a los socialdemócratas y el 10 por ciento restante a los conservadores. O darles sólo el 50 por ciento a los socialistas y el otro 50 por ciento no dárselo a nadie, medio voto en blanco. De esa operación, estoy seguro, resultaría una cámara parlamentaria más ajustadamente representativa de la que sale de un método en el que cada ciudadano tiene que escoger uno y solo uno de los partidos, igualando a los forofos e hinchas con los meros simpatizantes y a los que votan lo que votan no porque confíen en el partido al que votan sino porque piensan que votar a los otros es mucho peor.

Dicen que las máquinas, al humanizarse, están matando a los humanos. Hasta en esto copian a los humanos, que para matar a Dios tuvieron que endiosarse.

Nos pasa a todos: entre el nosotros y la verdad siempre hace menos frío en el nosotros. Así que no cabe

extrañarse de que en artículos, conferencias de prensa y simposios, cada cual defienda a su Partido ciegamente como hincha de equipo de fútbol (es decir, alguien que ve penalti claro cuando el defensa del contrario mira mal dentro del área a un delantero de tu equipo, y sin embargo cuando un defensa de tu equipo le rompe la pierna a un delantero del contrario, dices: son lances del juego). Siempre hace menos frío en el nosotros aunque los leños que ardan en la hoguera en la que nos calentamos sean los de la verdad.

A menudo la etimología presta un halo poético a los viajes que las palabras emprendieron para llegar a nosotros envolviendo un significado. Por ejemplo *duelo*, con sus dos significados que parecen desprendimientos de una misma piedra madre, y resulta que no. El duelo que se refiere a batirse o pelear, viene de guerra, en efecto —*duellum* era palabra arcaica latina que luego daría *bellum*—, y el duelo que es dolor por la pérdida de alguien viene del griego *dolos*, treta, engaño. En una página dedicada a la etimología encuentro esta precisión: «Debido a que *dolus* era una voz aislada, sin familia léxica, se asistió paulatinamente en latín tardío, por una especie de etimología popular, a su incorporación semántica al grupo de dolor y del verbo *dolere*, por lo que acabó significando pena, especialmente por la muerte de un ser querido». Así que con la misma palabra nombramos el combate entre dos rivales y el acto de padecer una ausencia, y es como si el lenguaje mismo nos invitara a que hiciéramos el truco

de juntar los significados y entender que en el duelo de luto —curiosamente *luto* y *lucha* también están cerca— se produce un combate y cualquiera que haya tenido que arrostrar un duelo sabrá que en el fondo los dos significados parecen casarle perfectamente al acto de echar de menos, de encontrar ausencia por todas partes, de vaciarse el mundo porque falta una sola persona: se diría que el duelo es en efecto un combate entre el que queda vivo guardando la memoria de la criatura que se fue y esta, sin que se sepa a ciencia cierta cuál de los dos es un fantasma, pues nada afantasma más la realidad que estar de duelo, y verse uno a sí mismo enfrentándose a un rival gigantesco —la muerte, la ausencia, el sinsentido.

Qué raro que en la expresión *cara de circunstancias* se sobreentienda que las circunstancias son pésimas. Nadie dice que una niña puso cara de circunstancias durante la fiesta de su cumpleaños, para describir su alegría, aunque ahí la alegría también denotaría las circunstancias que le daban lumbre a su cara.

Dicen que para amar una ciudad basta con amar a uno de sus habitantes. Lo que no dicen es que ese habitante suele ser uno mismo.

Si haces demasiados preparativos de viaje, en realidad no vas a hacer un viaje sino una excursión. Si no haces

ningún preparativo de viaje, en realidad no vas a emprender un viaje sino una huida. Entre la excursión y la huida, el viaje.

Lo peor que le puede pasar al pesimista es que convierta su pesimismo en ideología. Lo mejor que le puede pasar al optimista es que convierta en ideología su optimismo.

Intriga pensar en por qué algunos adjetivos discriminan, del nombre propio del que proceden, toda una constelación de significado para quedarse con otra: por ejemplo *dantesco*, adjetivo que emplean ya hasta los locutores deportivos para calificar trifulcas en las gradas, o periodistas que después de un terremoto informan en directo desde el lugar de los hechos. ¿Por qué *dantesco* como sinónimo de infernal, cuando también podría calificar cualquier cosa que tuviera que ver con el cielo, con la felicidad, con el amor eterno, con la dicha y la belleza? ¿Por qué si leemos que un desfile de modas acabó en espectáculo dantesco imaginamos lo peor en vez de imaginar una explosión de hermosura?

Me preguntó un periodista, aprovechando el título de una novela de juventud mía, cuál era el mejor escritor de mi generación, y respondí sin dudarle: Borges. Puso cara de espanto pidiéndome que me dejara de *boutades*. Me corregí: Nabokov. Y aun me corregí